

## **Bajo mis puntos de vista**

Cuantos me sigan a través de mis modestos artículos en este entrañable periódico, a quienes agradezco de antemano el favor y la deferencia de dedicarme su tiempo y espacios, especialmente a mis queridos paisanos del pueblo, diseminados ellos por todas estas tierras de Dios y donde menos en el pueblo, por desgracia. Todos, repito, habrán podido observar sobradamente, si alguna vez me leyeron con un poco de atención, que mis artículos y trabajos siempre tratan con especial cariño y respeto los temas rurales y cotidianos, en un amplio abanico como son las costumbres, modos y usos, con el valioso soporte que aporta la propia experiencia desde vivencias pasadas y de sentimientos nostálgicos, en la más pura y cándida acepción de la palabra.

Presentado así como hombre de inicios netamente rurales y campesinos, trasplantado después por imperativos de fuerza mayor a la capital, la larga andadura ya me ha condicionado y amasado a la medida y situado a una distancia relativa entre esos humildes principios del pasado en el pueblo, el paso a medios urbanos de racionalidad discutible, donde uno ha tenido que luchar en un tremendo y terrible desamparo durante larguísimo tiempo y luego el reencuentro con vivencias de los lejanos principios, como reposo y merecida compensación a la lucha.

La verdad es que uno recuerda fielmente aquellos años tan duros del pueblo, de sacrificios enormes a cambio únicamente del pan diario. Que a pesar de estar a pocos kilómetros de la capital de la provincia no la conocíamos. El descubrimiento de Teruel para uno constituyó una gran conquista, a pesar de aquellas, para nosotros, grandes humillaciones recibidas, porque cuando te parabas a mirar un escaparate, otro chico como tú, pero de Teruel, pasaba a tu lado, te empujaba y te decía «de pueblo seguro, cuando miran». Y luego nosotros nos desquitábamos cuando ellos subían los días de fiesta a pasar la jornada en Fuente Buena, Dornaque, y les decíamos que eran unos tontos, que preferían el monte en un día de fiesta en lugar de pasarlo en Teruel yendo al cine. Estábamos un poco confundidos todos.

Sí que viene a cuento todo esto, porque de siempre se han observado comportamientos distintos, de rivalidad y descontento entre comarcas y pueblos, enfrentando a unos con otros en una pugna por

demostrar quién es más que el otro, por mortificar un poco más al contrario, aunque en definitiva se sabe y se acepta perfectamente que ambos tienen que convivir, soportarse unas veces, ayudarse las más.

Mi condición pues de hombre procedente del pueblo, forjado después en la durísima realidad de una ciudad grande y compleja, donde tantas veces te has sentido solo y desesperado; de hombre enamorado de la tierra que eligió para vivir, preocupado por nuestra realidad regional y muy en especial por el drama que presenta nuestra amada provincia de Teruel; con rabia por no poder hacer algo por su redención. Y como miembro activo desde hace once años de este reducido colectivo de viejos y entusiastas románticos que formamos la Casa de Teruel en Zaragoza y todavía tenemos fuerzas, a pesar de tantos sinsabores, para seguir luchando a brazo partido por su conservación. Modestamente y con toda la consciencia de que no voy a añadir nada nuevo a este artículo y pertinentes observaciones, creo que puedo hacer algunos juicios sobre esto que nos está ocurriendo a los aragoneses de Teruel, de Huesca y de Zaragoza, algo así como tres regiones diferentes, en frase que usó la persona con que hoy voy a ser interlocutor y confidente. Y pienso hacerlo en el lenguaje del pueblo llano, porque no me enseñaron, no pude aprender otro.

Naturalmente que no soy una autoridad para emitir juicios, «aparentemente» más aproximados a la realidad que se vive en Aragón. Pero apañados andaríamos si solo tuviesen derecho a opinar ellos, porque la realidad que nos afecta a todos los aragoneses, de las tres capitales, por no hablar de las distintas zonas comarcales de cada provincia, donde afloran reacciones un tanto curiosas y pintorescas, propias de su idiosincrasia particular y los pocos esfuerzos hechos por dar soluciones; aunque nos pese las tenemos que arreglar entre todos los ciudadanos, porque todos tenemos algo que aportar en una tarea tan importante.

### **Turolense emigrado**

Pero desde mi particular observatorio, desde mi condición de turolense emigrado a Zaragoza, sí que se pueden emitir algunos juicios que serían corroborados por los turolenses aquí radicados en un gran porcentaje; una llamada cariñosa y seria a nuestros paisanos, en un intento más de desterrar para siempre actitudes cicateras y pobres, que casi rayan en lo grotesco cuando se cuestionan grandes temas regionales y la misma capitalidad de la región, en ese supuesto calificativo de madrastra que se le aplica, unido todo ello al

derrotismo de antemano y la fatalidad que se trasluce al plantear los asuntos competenciales, derechos y obligaciones de cada uno, problema mayor en síntesis, añadido a unas no deseadas consecuencias derivadas del ostracismo ético social en el que se han movido siempre nuestros hombres, quizás obedeciendo a líneas maestras prefijadas sin medir bien las consecuencias, para mantener sus estatus particulares, su hegemonía, su predominio sobre el individuo y el medio. La ceguera fue tal que no dejó ver y hoy, hasta ellos mismos han quedado impotentes, sorprendidos por las consecuencias de tanta torpeza cometida.

Hoy en día todavía cuentan esos planteamientos e ideas, pero ya muchos menos, se imponen por pura y comprensible necesidad otros modos, otras formas.

Pero la cuestión es si todavía nos queda tiempo a los aragoneses para rectificar, para intentar hacer las cosas un poco mejor. Yo creo que sí, que el tiempo no se ha agotado, porque a diario vemos como se nos despoja de parcelas de nuestro patrimonio que para nosotros habían pasado desapercibidas. Mas queda aún tiempo si por fin despertamos, aunque el costo pagado hasta aquí haya sido realmente monstruoso, sobre todo en Teruel.

Tenemos un territorio inmenso, que pese a su aparente esterilidad en grandes zonas, es codiciado y deseado por vecinos poco escrupulosos, depredadores voraces e insolidarios.

Estos espacios vacíos hemos de ser capaces de llenarlos nosotros, los aragoneses precisamente, sin que nadie se atreva a penetrar ni un metro siquiera en nuestro territorio. Las maneras y los modos, los comportamientos imperialistas son cada vez más sofisticados. No todas las acciones son producto de ese afán de apropiación de lo ajeno; pero hay que estar alerta, abandonar definitivamente este carácter que a la vez que nos eleva a altos rangos de humanidad superiores en el contexto nacional, nos conduce con tantísima frecuencia a la absurda situación de eternos insatisfechos y derrotados, de víctimas propiciatorias, postergados, manejados hasta la saciedad y ridiculizados.

A los aragoneses se nos conforma con una palmadita en la espalda, con un chiste grosero, con una jota y otras lindezas, que por muy nuestras que sean no debemos autorizar a que persona alguna las use para sus depredaciones y burlas.

Tuve un largo diálogo con este joven y fogoso turolense, protagonista e inspirador de alguna manera del presente artículo, cuando al visitarnos en la Casa de Teruel, para invitarnos a un acto

cultural que inauguraba, precisamente fuera de la estructura de la Casa de Teruel, —por ignorancia según él, que prometió rectificar en otra ocasión y compartir con nosotros, aquí en Zaragoza, en la propia casa, antes que en la ajena—, lo que nos dejó un tanto perplejos.

Esta larga y amena conversación y cambios de puntos de vista, llevada con la natural pasión, aquí en Zaragoza, en la Casa de Teruel y entre turolenses, uno emigrante y el otro «todavía» viviendo en Teruel, nos sorprendió un tanto y me recordó los grandes enfrentamientos dialécticos que yo tengo cada año en mis visitas al pueblo y con paisanos del mismo Teruel capital, cada vez que tocamos estos temas.

### **Los males de Teruel**

Allí con su eterna canción de achacar a Zaragoza todos los males acaecidos a Teruel en todos los sentidos y órdenes de la vida, dejando entrever al mismo tiempo por amagos verbales e insinuaciones, una especie de velado ataque también a los emigrantes turolenses a Zaragoza, como si fuésemos conspiradores o avivadores de alguna manera del trato frío que Zaragoza dispensa a Teruel, si es que esto se comprobara que es así. Jamás o muy pocas veces se les ve u oye hacer alguna manifestación de fe en nuestros razonamientos y desvelos que hemos de compartir entre ciudades hermanas nada más, cada una, eso sí, con sus tremendos y particulares problemas.

Como descargo honesto a estas veladas acusaciones, recelos y desconfianza hacia Zaragoza y los zaragozanos, tanto de nacimiento como de adopción, que es mi caso y el de 50.000 turolenses más, sirva al menos la labor callada que la mayoría estamos haciendo desde aquí por Teruel, muy poco conocida desde Teruel, desde luego; por Teruel y nuestros queridos pueblos, sobre todo nuestros pueblos, en donde, paradójicamente se nos llama «forasteros», ellos dicen que cariñosamente; pueblos que sin nuestros aportes materiales y físicos ya serían, en la mayoría de los casos, un montón de escombros desde hace mucho tiempo. Esto no lo duda nadie.

Y todo eso no lo hemos hecho tan solo por interés particular, porque no es ningún secreto que los emigrantes hemos perdido en nuestros pueblos o se nos niegan derechos comunales de gran importancia.

Las inversiones millonarias que hemos hecho en nuestros pueblos tienen unos valores inmensos para el sostenimiento de esos pueblos como tal. Son totalmente desinteresadas, conducentes a

perpetuar nuestro exiguo patrimonio, por supuesto; pero sobre todo para perpetuar el patrimonio de Teruel. Luego, justo es que lo disfrutemos.

Obviando particularidades, la mayoría de nosotros podíamos haber invertido aquí en Zaragoza y olvidarnos del pueblo; pero también decidimos hacerlo en Teruel, sin que al parecer eso cuente mucho a la hora de establecer juicios y críticas de valor.

Aquí en la Casa de Teruel somos extraordinarios conocedores de la tremenda frialdad y desinterés de los turolenses, los de ahí y los de aquí, salvando por fortuna, excepciones de gentes, personas magníficas, que las hay, pero no tantas como sería de desear.

Nuestro batallar machacón durante once años ininterrumpidos han servido de algo, si bien a lo largo de este tiempo hemos sufrido tremendas frustraciones y todavía se nos mira con cierta frialdad. Son posturas que respetamos pese a lo absurdo de las mismas, pero que jamás llegaremos a comprender. Y llegados a este punto de la incompreensión, también podríamos decir y queremos que quede constancia, que Zaragoza, sus entes y organismos en ella radicados, no nos conceden precisamente trato de favor por ser turolenses; pero ellos saben que nosotros estamos realizando una magnífica labor y se nota que están tomando conciencia, porque hemos sido nosotros los que hemos hecho camino ante tanta indiferencia. Y este es el camino amigos, tratar con rigor, sin descanso, sin desmayos; ir acumulando patrimonio y riqueza, gota a gota, migaja a migaja, sin esperar a que el vecino acuda a resolvernos los problemas; dejar de llorar.

No hay que hacer alardes de dogmatismos particulares o prepotencias de grupo, egocentrismos descarados y de interés, bondades, vicios o virtudes; porque de ambas pecamos los aragoneses en general. Y creo que no se puede ser más claro y no sirve que otros muchos ya lo hayan pregonado antes y muchas veces. Esta es mi opinión sobre el particular, una más.

### **Las razones del fracaso**

Vemos pues que posturas honestas las hay a montones y ejemplos tenemos abundantes también. Pero todo esto desaparece como por arte de magia cuando las ideas parece que empiezan a fructificar, sin que lleguen a resultados positivos, sin que nadie explique las verdaderas razones del fracaso y entonces llegan las especulaciones.

La censura abierta y dura, la crítica despiadada a Zaragoza, imputándole todos los males, yo considero que no es justa, está sobredimensionada, así como los elogios, fruto muchas veces de la desesperación y la impotencia para resolver los propios problemas.

Valoremos en lo mucho de positivo que existe en que Zaragoza, con sus defectos y virtudes, sea una gran capital española y a la vez de la región de Aragón. Su situación en un epicentro físico privilegiado, está llamado a ser mirado con cierto respeto por vecinos más ricos y poderosos y eso debería llenarnos de orgullo a todos. Al propio tiempo, no olvidemos que Zaragoza es paso forzoso de los relevantes hombres de Aragón, aunque casi siempre sea de viaje hacia Madrid, donde con tantísima frecuencia, por desgracia para Aragón, queda diluida su eficacia y su personalidad.

Y cuando el diálogo con este enfervorecido y joven turolense ya terminaba, el compañero contertulio que nos escuchaba, que había permanecido mudo hasta entonces, intervino recordando la verdad que todos conocemos.

–Mirar, no le deis más vueltas. No culpéis a Zaragoza, Teruel o Madrid, la política de antes o la de ahora. Lo que le ocupa a Aragón es que en su inmenso territorio no hay gente. Que tan solo somos un puñado y así no hay manera de hacer nada, ni de mostrarnos con la suficiente vitalidad para exigir consideración y respeto.

–Pues es cierto, dijimos nosotros.

¿Ocurriría lo mismo si Aragón contase con una población de cuatro, cinco o seis millones de seres?

Pues todo se reduce a eso, no hay más. No es cuestión de modos o formas de ejercer el mando, desde donde se manda, que Zaragoza sea la capital de Aragón en lugar de serlo Teruel o Huesca. Que para Teruel sea mejor en comportamiento Valencia que Zaragoza. Que Soria también hable mal de Zaragoza, etc. etc.

Todo queda reducido a que somos pocos en Aragón.

Y por último me tienta el deseo de citar algunos casos, cuyas funestas consecuencias no pueden ser achacadas, digo yo, a Zaragoza, sin que esto suponga afirmación de que Zaragoza no tiene culpa jamás en nada de lo que ocurre en Teruel.

Dicho esto, que responda quien pueda o sepa hacerlo.

¿Quién o quiénes fueron los culpables de la desmantelación de las fábricas de resina en Teruel, que sumió a una amplísima zona en pueblos de parados laborales sin subsidio alguno, que les marcó y abrió las puertas de la emigración?

### **¿Dónde están los culpables?**

¿Quién o quiénes fueron los culpables, los que prohibían que pequeñas industrias de la madera se establecieran en los pueblos productores, evitando que esa madera se marchase en rollo a Valencia, para retener para el pueblo el valor añadido?

¿Quién o quiénes fueron los culpables, los que mandaron sacrificar las miles de cabras, sumiendo igualmente a los ganaderos en hombres desilusionados y privándoles de unos ingresos adicionales cuantiosos, demostrándose años después que las cabras no mataban el monte?

¿Quién pone esas trabas burocráticas absurdas para poder construir una simple nave o pequeña granja, ante la disyuntiva del agricultor de crear un negocio en el pueblo o abandonarlo porque la vida en el mismo con los métodos antiguos se ha acabado?

A los abuelos de mi pueblo, porque jóvenes no hay, se les prohíbe y amenaza con grandes sanciones, por parte de la Confederación Hidrográfica del Turia, radicada en Valencia, a 200 kilómetros de distancia, si se les sorprende sacando agua de una poza del regajo, con un motor de juguete, porque a pozal no pueden, para regar cuatro matas de pepinos y media docena de lechugas, minúsculos jardincitos que todos habréis visto pasando por la carretera, que sirve para que esos pobres viejos hagan ejercicio.

Y comarcas con leyes casi de la edad media se resisten a trabajar con criterios de actualidad, reformando leyes, compartiendo poder y dinero, evitando que el éxodo deje más pueblos vacíos, que al final arrastrarán a la cabecera al desastre humano y social.

Yo supongo, queridos lectores turolenses, que en toda esta serie de males enumerados ha intervenido muy poco Zaragoza. Y de paso me atrevería a aconsejar, aunque sé las iras que ello puede levantar, menos confianza en regiones vecinas, que tarde o temprano, estar seguros, pasarán factura. Que una cosa son las buenas relaciones vecinales, sociales y comerciales; otra muy distinta el servilismo ignorante y embrutecedor de las mentes, el que suele conducir a la condición de vasallo, con la total pérdida de derechos del individuo, a lo que se llega con diversidad de maniobras y caricias.

Aprendamos de una vez los aragoneses a ser desconfiados de las promesas que vienen de fuera, confiemos más en nosotros mismos.